

y financiero, del que se favorecen un puñado de capitalistas nativos y el imperialismo británico, las masas de campesinos y de obreros persas han ingresado a la lucha anticapitalista moderna con el acicate de cierta dosis de fanatismo, hecho que les confiere un empuje singular que amenaza desembocar en acciones de tipo eminentemente explosivo.

Lo que aquí interesa señalar, además del hecho comercial estu-
pendo que ha quedado evidenciado con esas elocuentes cifras toma-
das de la Memoria, es la importancia excepcional del petróleo iraní
como poderoso motor de la economía contemporánea y como mineral
estratégico. Lo que la geografía es a España, Egipto o Turquía, la
minerología es a Irán, como a Irak o la misma Corea, la inocente y
pacífica Corea sobre la que hoy se baten norteamericanos y sovié-
ticos por sus existencias de bauxita, de hierro y de tungsteno... Po-
seer una gran riqueza mineral es tan peligroso como estar en la en-
crucijada de las rutas internacionales, sobre todo cuando se es un
país débil. Irán figura en el sombrío mapa del capitalismo como una
de esas regiones "que no se deben perder", que hay que defender
hasta el último esfuerzo y agotando todos los medios posibles. El
hecho de que la Anglo Iranian pertenezca prácticamente al gobierno
inglés, que sea el Almirantazgo quien la dirige, convierte en más
estricta esta consigna. Si lo que nos informan las agencias periodís-
ticas internacionales es aproximadamente cierto, podemos afirmar
sin lugar a dudas que el aspecto comercial directo (es decir los bene-
ficios netos de la compañía) ha pasado a un segundo plano a esta
altura de las negociaciones para los ingleses, que lo que interesa por
sobre todo, no ya solamente al Imperio Británico, sino a todas las
potencias occidentales, es el **destino** del petróleo persa.

Los aliados aprendieron desde la primera guerra el valor incal-
culable del petróleo como concurrente decisivo de cualquier victoria.
Si los alemanes hubieran sabido que, en un momento dado, la ar-
mada inglesa estuvo paralizada por la falta de ese combustible, la
habría obligado a capitular, como los mismos ingleses lo confesaron
más tarde. Lord Curzon pudo afirmar, apenas terminado el conflicto,
que "fuera de toda duda, el porvenir proclamará que los aliados han
sido conducidos a la victoria sobre marejadas de petróleo!" Y Cle-
menceau, en su carta a Wilson, se anticipaba certeramente: "Si los
aliados no quieren perder la guerra, es preciso que la Francia com-
batiente, en la hora suprema del choque germánico, posea esencia,
tan necesaria como la sangre en las batallas del futuro".

Las experiencias del segundo conflicto confirmaron la importan-
cia asignada al petróleo. Los rusos, que extraen el 6% de la produc-
ción mundial, lo aprendieron también de prisa. En marzo de 1946
comenzaron a concentrar grandes cantidades de tropas a lo largo de
la frontera con Irán, y en un momento la invasión se consideró inmi-
nente. Si ella se hubiera cumplida, la guerra se habría renovado par-
cialmente entre los aliados pasajeros. No es otra cosa lo que detuvo
a Rusia, en cuyos designios imperialistas figura la penetración en
esa excepcional zona fronteriza. La conciencia de ello contribuye a
que Inglaterra esté recurriendo a toda su estrategia para no aban-

donar de manera total ese territorio, pues mientras mantenga la to-
talidad o parte de sus intereses, tendrá una justificación más valedera
para defenderlo — es decir su petróleo — en el supuesto de una
invasión militar. Desalojada completamente, Rusia podría, por otra
parte, comenzar a influir "amistosamente" de muchas maneras para
que la distribución se vuelque hacia sus países satélites.

Unas pocas cifras nos revelarán en toda su magnitud el peligro
que encierran las actuales conversaciones entre Londres y Teherán.
El Irán posee apenas 144 pozos, pero los mismos producen 30.500.000
metros cúbicos de petróleo por año; el Mediano Oriente, 355 y
67.500.000 en el mismo período; Venezuela, 8.968 y 77.000.000; los
EE. UU., 440.000 y 300.400.000. Esto significa que, mientras cada pozo
produce por día apenas un poco más de 2 metros cúbicos en los
EE. UU., la misma unidad y en el mismo período rinde más de 500
metros cúbicos en el Irán.

No es extraño, pues, que Inglaterra esté concentrando muchas
de sus naves de guerra, lanchas de desembarco y tropas de paracai-
distas en las proximidades de Persia, mientras se realizan los últimos
intentos de conciliación con la presencia del enviado norteamericano.
Tal conciliación es posible, y existen formas de que el gobierno salga
"airoso" manteniendo una semi-nacionalización. Pero, ¿si no se lle-
gara a ningún acuerdo? ¿Se retirarán confiados en que la produc-
ción continuará distribuyéndose por los viejos cauces? Los ingleses
han aprendido a retirarse y a simular retirarse después del último
conflicto. Pero Irán es una presa demasiado codiciada por Oriente
como para repetir el juego peligroso que se desarrolló frente a otros
países. Esta política podría facilitar grandemente un "vuelco iraní
hacia la órbita de Moscú".

No está, pues, al margen de la lógica capitalista el pensar que,
en última instancia, se podría llegar al empleo de la fuerza militar
para mantener las posesiones iránicas, mientras arbitra, por ejemplo,
alguna Comisión Internacional manejada por la UN. Si se llegara
a ese extremo, del que hay abundancia en la historia del colonia-
lismo y el semi-colonialismo, fácilmente podría quedar inaugurado un
segundo frente activo sobre las prolongadas fronteras que separan
a las grandes fuerzas que se disputan el nuevo reparto de la tierra.
Pues Rusia no permanecería desde ningún punto de vista al margen
de la contienda, y frente a este hipotético caso quizá decida manejar
los títeres como lo hace ahora frente al de Corea. ¿No acaba de
afirmar un parlamentario filo-comunista del Majlis persa que era
preferible perder la soberanía antes que ceder en las cuestiones
petrolíferas? La Unión Soviética tiene su quinta columna bien me-
tida, y ahí está el Azerbaiján para recordarlo.

Tales acontecimientos brindan un nuevo asidero a los millones
y millones de hombres que califican a un bando como al otro de
voraces imperialistas, y que por nada del mundo pondrían sus hom-
bros para defenderlos. Todo esto no constituye más que una aberración
económica y una locura guerrera. Abrir un segunda frente
por el petróleo persa es renegar de las más grandes conquistas de la
ciencia en materia de combustible y olvidar los enormes yacimientos